

ARI PALUCH

CORRIÉNDOSE  
AL INTERIOR

*Espiritualidad al día:  
lecciones de vida*

 Planeta

## Aprendemos o nos jorobamos

Hay tiempos en la vida en los que nos sentimos más aptos para enseñar que para aprender, sin embargo, tal vez la mayor enseñanza que nos deja nuestro paso por este mundo es que nunca deberíamos dejar de aprender. Durante todo el viaje podemos aprender de todo aquello que nos pasa y preguntarnos qué lección estamos cursando o qué examen podemos estar a punto de superar.

Todos hemos experimentado la frustrante sensación de reiterar errores y conductas equivocadas en situaciones que ya creíamos haber aprendido a manejar o por lo menos a enfrentar de un modo distinto. Llega un momento en nuestra existencia, más tarde o más temprano, en el que las excusas que nos inventamos para justificarnos son cada vez menos duraderas. Recuerdo una hermosa canción

llamada *Todos tienen que aprender alguna vez*, su título es tan sabio como la necesidad que tenemos de aprender y de tomar enseñanza de las personas y circunstancias que se cruzan en nuestro camino, como maestros a los que no siempre sabemos observar como tales.

Hemos sido creados para evolucionar: podemos sacar partido de nuestra existencia progresando espiritualmente. Sólo la sabiduría espiritual nos hace conscientes de nuestra naturaleza divina, somos seres espirituales viviendo una experiencia humana, somos un alma que encarnó en un cuerpo; el mundo en el que nos toca vivir y nuestros cuerpos físicos sólo son escalones para acercarnos al mundo superior. Hasta que no aprendemos qué es lo que no nos hace felices, no aprendemos aquello que nos hace felices. De algún modo esto parece justificar la necesidad de los obstáculos que tendremos que superar.

Una cosa es tener la lección estudiada y otra es haberla aprendido y comprendido. La vida es aleccionadora, pero así como hay lecciones que nunca se olvidan, hay otras que pareciera que nunca se aprenden. El aprendizaje espiritual nos permite comprender ahora aquello que antes no parecía manifestarse para nosotros y que se revelaba de manera abstracta. El resultado más importante de nuestras experiencias se denomina aprendizaje. Si-

tuciones y personas representarán en nuestras vidas una enseñanza: la difusora espiritual Marianne Williamson, le llama a esto «misterioso proceso educativo».

Cada lección forma parte de nuestra misión. Así como podemos convertirnos en nuestros miedos o nuestras esperanzas, con el tiempo nos convertimos en lo que la vida nos dejó como aprendizaje. Cuando miramos lo que nos sucedió en retrospectiva, comprendemos que termina siendo más importante la enseñanza que trae una situación que la situación en sí misma. Mi admirado Wayne W. Dyer nos dice en su libro *La fuerza de creer* que cada obstáculo superado se convierte en una fiesta interior. Somos libres de elegir si queremos aprender alegremente o dolorosamente. Según cómo actúemos frente a los escollos y a los errores que podamos cometer, nos enfrentaremos con la posibilidad de aprender una lección luminosa o tenebrosa.

Las lecciones tenebrosas son impartidas por el ego que te aleja de toda posibilidad de conectar con lo más profundo de tu ser, que es donde habita la luz circundante. Por el contrario, cuando renunciamos al empecinamiento y a la necedad, es cuando nos «corremos al interior» para aprender la lección luminosa que una determinada circunstancia tiene como propósito revelarnos. Nadie aprende sin estar dispuesto a «desaprender» y re-

nunciar a los objetivos y métodos que previamente utilizó para lograr su propósito. El aprendizaje sería imposible si la perseverancia por sí sola no hiciera lugar al cambio.

Cada vez que sentimos que una experiencia nos ha dejado una enseñanza profunda, nos sentiremos más cercanos a Dios, en mayor armonía con nuestro Creador. Con nuestros actos también podemos ser fuente de aprendizaje para los demás. En el libro *Un curso de milagros* se nos dice que cada elección que enseñamos es una lección que nosotros mismos estamos aprendiendo.

Este libro pretende apenas ser un elemento de asistencia para todos aquellos que muchas veces creemos tener la lección aprendida, pero que en más de una ocasión necesitamos volver a repasar. Tal vez haya sólo una cosa que registramos cuando no aprendemos la lección, y es el hecho que nos lleva a concluir que «el que no aprende se joroba».

El apasionante juego de la vida nos otorga la posibilidad del aprendizaje a cada instante, en todo momento. Después de todo, ¿qué es el tiempo en el mundo espiritual? La respuesta es muy clara: no se trata de lo que el hombre pretende envasar en relojes, sino el período que nos insume el aprendizaje y que Dios nos otorga como parámetro o medida de evolución.

Amigos lectores, celebremos la noticia y apro-

vechemos el tiempo para aprender y no nos jorobemos más.

Es paradójico, tal vez este libro ayude, aunque sea mínimamente, a «enseñar a aprender» lecciones de vida espiritual que no tienen por objetivo graduaciones académicas ni posgrados, pero que podrían ayudarnos a capitalizar las enseñanzas que cada día el universo suele dejarnos.

Podemos ser instrumentos de la paz de Dios, canales de su amor, capitalizadores de los dones con los que nos bendijo o, por el contrario, convertirnos en esclavos del ego, adictos al miedo y dilapidadores de nuestros potenciales; la diferencia entre una y otra forma de vida, está vinculada con el aprendizaje y la sabiduría que la espiritualidad pone a nuestro alcance, mucho más de lo que la mayoría suele creer.

Es bueno recordar que Dios convirtió lo que no era en lo que es, nosotros somos el «qué», el universo es el «cómo». Tal vez la primera lección que debemos aprender es que cuanto mayor es el obstáculo a superar, mayor será nuestra evolución espiritual.

Una pregunta que deberíamos incorporar más a menudo a nuestra vida es: ¿Qué tengo que aprender de esta situación? Pasado el enojo por algún hecho inesperado o desagradable, es de gran ayuda tomar conciencia de lo que nos sucede y tratar de

entender por qué Dios nos pone en el camino a determinadas personas y circunstancias, a las que previamente denominábamos «maestras».

Es inútil resistirlo, la resistencia prolonga aquello que enfrentamos y no hace más que convertirlo en más duradero y persistente, la vida es aprendizaje, el error de hoy puede ser el anticipo del acierto de mañana. Dios no parece exigirnos gran cosa, tan solo nos pide que enmendemos la acción errónea para poder devolernos al sendero de la evolución. Dicen por ahí, ya hace muchos años, que Dios valora por sobre todas las cosas el proceso personal de desarrollo y evolución que es fruto del esfuerzo.

Muchas veces caemos en el error de definir una situación que nos ha tocado vivir como una «experiencia». No deberíamos llamarla así a no ser que hubiéramos entendido el propósito que esa circunstancia haya tenido en nuestra vida. La situación no forma parte del inventario de la experiencia hasta que no aprendemos la lección en la que esa situación se ha convertido.

En el maravilloso libro espiritual de ejercicios *Un curso de milagros*, del que tanto te hablé en *El Combustible Espiritual 2*, se asevera que sólo aquellos que reconocen que no pueden saber nada a menos que los efectos del entendimiento estén con ellos, pueden realmente aprender. La paz y el en-

tendimiento van de la mano, el maestro de la paz retorna a cada uno de nosotros cada vez que abandonamos el ego. Sólo aprendemos la lección una vez que la entendemos.

---

Tanto la felicidad como el  
sufrimiento tienen una gran dosis de  
elección personal.

---